

los Países Bajos y acabaría de oprimirlos, discurrió tomar una resolución radical y atrevida. Hallándose reunidos los estados en Amberes, expuso con enérgica osadía que en la situación á que habían llegado las cosas era menester, ó someterse al rey de España y sufrir el dominio de los españoles, ó sacudir de una vez su yugo y emanciparse abiertamente de España, y llamar un soberano de otra parte que rigiera los Estados. Pareció á todos al pronto temeraria la proposición, y escandalosa á algunos, en especial al clero y parte católica; mas como predominaran en las provincias rebeldes los protestantes, no tardaron en adherirse á lo que al principio les pareciera un arranque de temeridad desesperada. Tratóse ya de la persona á quien se había de entregar el cetro de aquellos Estados, y aunque no faltaba quien se inclinara á la reina de Inglaterra, como fautora declarada de la reforma, prevaleció el partido que con empeño fomentaba el príncipe de Orange, y por el voto general fué preferido y proclamado el duque de Alençon y de Anjou Francisco de Valois, hermano del rey de Francia, que á la circunstancia de vecino y de *Libertador* que ya se nombraba de *Flandes*, unía la de poder encargarse personalmente del gobierno y de la guerra de las provincias. Obraba en esto además el de Orange por su particular interés. En Francia tenía su principado de Orange, francesa era su esposa, parientes y amigos tenía en Francia, y prometiase del de Alençon quedar por lo menos señor de sus provincias de Holanda y de Zelanda, cuando no lo fuese con el tiempo de todos los Países Bajos.

Declaróse al fin solemnemente en Amberes en junta general de los estados, que por cuanto el rey Felipe de España no había guardado á los flamencos los privilegios jurados, quedaba privado de la soberanía de Flandes; y que las provincias, libres por esto de la fe y obediencia que le debían, nombraban en su lugar á Francisco de Valois, duque de Alençon y de Anjou. Felipe II por su parte, noticioso de los manejos del de Orange, había hecho pregonar un edicto, declarándole traidor, y ofreciendo veinticinco mil escudos de premio al que le presentara muerto ó vivo (1). El archiduque Matias, á cuyos

(1) Este edicto hace prorumpir al historiador inglés Watson en furiosas invectivas contra Felipe II, diciendo entre otras cosas: «Desde el funesto tiempo del trívirato de Roma el mandar matar ni asesinar era casi inaudito, empero muy conforme al natural sombrío, vengativo y cobarde de Felipe II. Pudiera el príncipe (el de Orange) usar de represalias, y valerse del mismo medio para vengarse; pero prefirió hacer que se conociese la falsedad de las imputaciones que se le hacían... en una Apología de su conducta que dirigió á los estados generales, y de que envió copias á todas las cortes de Europa.» Hist. de Felipe II, libro XVII.

Permitimos al historiador protestante ser tan apasionado como quiera del príncipe de Orange, su correligionario, pero no hasta el punto de faltar á la imparcialidad histórica, y de escribir contra el testimonio de los hechos. Nosotros somos los primeros á condenar ciertos actos de la política tenebrosa de Felipe II: condenamos el poner á tulla las cabezas, y mucho más la participación ó conocimiento que tuviera en los asesinatos, aun en los que se procuró revestir de ciertas formas jurídicas, como indignos de un monarca, y más de un monarca cristiano. Pero los condenamos con la misma severidad en sus enemigos; y querer representar al de Orange como inocente de este crimen, es una muestra de parcialidad que contradice la evidencia de los hechos. En nuestro capítulo XV hablamos del plan que hubo para asesinar á don Luis de Requesens, y en el XVI indicamos los que se formaron para asesinar á don Juan de Austria, planes á que por cierto, según anunciaba nuestro embajador en Londres, no era del todo ajena la reina misma de Inglaterra. El temor de uno de estos proyectos de asesinato fué el que obligó á don Juan de Austria á huir de Bruselas y refugiarse en Namur. En este mismo capítulo hemos visto la trama que había urdida para matar á traición al duque de Parma, y de intento hemos citado un historiador no español. A todos estos planes nadie cree que fuese extraño el de Orange, como intenta persuadir Watson. Sea menos apasionado, y convenga con nosotros en que por desgracia se correspondían unos á otros en esta materia, y no sabemos quién habría podido arrojar la piedra con manos más puras y con corazón más limpio.

Es de advertir que Watson sigue constantemente al historiador flamenco y protestante Van Meteren, de quien dice Adriano Van Meerbeck, que ha hallado en su historia «tantas falsedades, tantas blasfemias y tantas calumnias contra la Iglesia y contra los soberanos legítimos de los Países Bajos, que le han dado horror.» El mismo Everardo Van Reydt, con ser celoso protestante, no pudo dejar de echar en cara á Meteren su credulidad, sus adulaciones y su falta de sinceridad.

ojos pasaban aquellas cosas, renunció en aquella misma junta el gobierno nominal que por espacio de cuatro años había tenido, y á los pocos meses se retiró á Alemania, quedando muchos temerosos de haber provocado la indignación del emperador su hermano con dar la soberanía de los Estados á un príncipe de fuera de la casa de Austria. Publicóse en la Haya por pregon que Felipe II de España había perdido el dominio de las provincias confederadas; se derribaron sus retratos, se abatieron sus armas y sus banderas, se rompieron los sellos, se prohibió acuñar moneda con su busto, y se juró en todos los pueblos al nuevo soberano.

No habían estado entre tanto ociosas las armas. El príncipe Alejandro se había apoderado de Courtray y de varias otras poblaciones, así como Malinas había vuelto á caer en poder de los rebeldes. El general hugonote La Noue había hecho prisioneros á los hermanos conde de Egmont y de Selles, y poco después La Noue cayó prisionero de Bourvais, el general de los walones. En Frisia hubo muchos y muy reñidos encuentros: Breda había sido entregada al de Parma por los soldados de la guarnición, y el príncipe Alejandro bloqueaba á Cambray (1581).

En Pleis-les-Tours encontró al duque de Alençon la embajada que fué á llevarle el acta de su elección en la asamblea de los estados, y él la aceptó con las condiciones que se le imponía. Mas ó menos amplias ó limitadas sus atribuciones, comenzaba una nueva situación para los Países Bajos y una nueva complicación en las relaciones políticas de los Estados de Europa. Muchos nobles franceses se alistaron voluntariamente en las banderas de Alençon, que juntando un ejército de doce mil infantes y cuatro mil caballos pasó á socorrer á Cambray, bloqueada y apretada por el duque de Parma, el cual tuvo que retirarse, no sin llevarse prisionero al vizconde de Turena. Con mucha alegría fué recibido el de Alençon por los de Cambray, aunque mucho desanimaron luego al ver reemplazar las armas del imperio por las de Francia y poner en el castillo guarnición francesa en lugar de la walona. Rindiósele también sin gran resistencia Chateau-Cambresis, plaza célebre por el primer tratado de paz entre Felipe II y la Francia. Excitábase el de Orange y las provincias á que se internara en Flandes, mas él respondió que siendo su gente voluntaria y alistada solo para libertar á Cambray, tenía que regresar á Francia, de donde no tardaría en volver con mayor ejército, y que pensaba interesar al rey su hermano y á la reina de Inglaterra en favor de los flamencos y contra el rey de España.

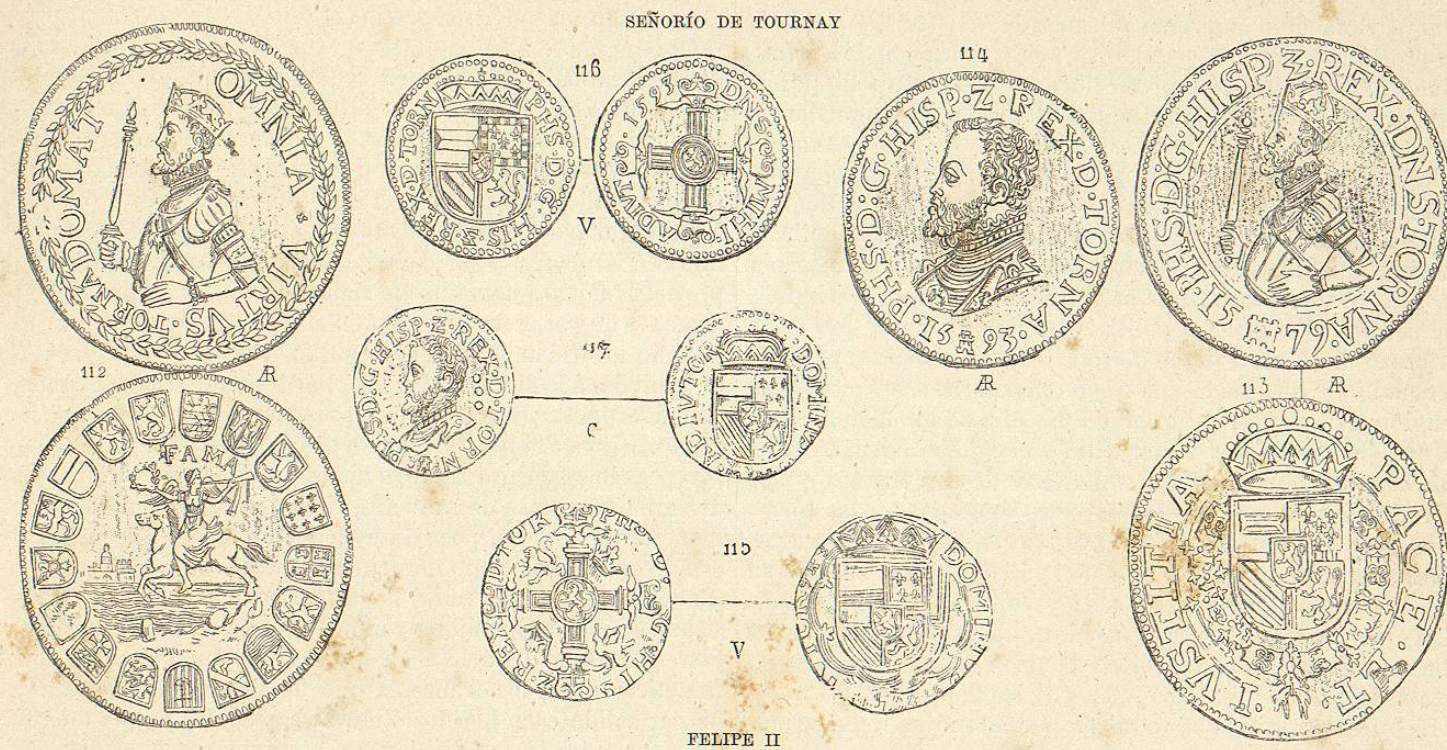
Indicamos que el nombramiento de Alençon complicaba las relaciones entre los soberanos de Europa, y era así en efecto. Al rey de Francia le convenía tener alejado de la corte á su turbulento hermano, y le convenía también por suscitarse embarazos á Felipe II en Portugal, é interesábase proteger aunque fuese en secreto la liga de los católicos de Francia formada por el duque de Guisa. Por eso el prior de Crato fiaba tanto en los auxilios de Francia. Mas como el monarca francés, indolente y débil, gastadas sus rentas y revuelto su reino, no se hallara en disposición de romper abiertamente con el español, así él como las reinas su madre y esposa se apresuraban á enviar embajadas al duque de Parma, para persuadirle de que no habían tenido la menor parte ni en el nombramiento, ni en la jornada del de Alençon. Harto conocía Felipe II los artificios del rey y de las reinas francesas, mas los negocios de Portugal le obligaban á usar del mismo artificio con Enrique de Francia, sin romper con él, pero trabajando con disimulo y preparándose para cuando viera oportunidad.

Fiaba el de Alençon en el eficaz apoyo de la reina Isabel de Inglaterra, cuya mano él había solicitado, y ella le había prometido. Pasó, pues, á aquel reino con grandes esperanzas de matrimonio y auxilios. Recibióle Isabel muy afectuosamente; llegaron á extenderse las capitulaciones matrimoniales, y aun se la vió sacar un anillo de su dedo, y ponerle en el del duque, lo cual se interpretó por signo y prenda infalible de enlace. Pero aquella reina, que, como decía nuestro embajador don Bernardino de Mendoza, *cada año era esposa, pero casada nunca*, no volvió á hablar de casamiento por entonces, y á los

tres meses de permanencia en Londres vióse con general sorpresa al de Alençon darse á la vela para Flandes con una armada inglesa, pero soltero. Abordó el duque á Flesinga (10 de febrero, 1582), de donde pasó á Middelburg, y de allí á Amberes.

Mientras Alençon había andado así negociando, el coronel español Francisco Verdugo recogía laureles en la Frisia, y el duque de Parma á costa de hechos heroicos llevaba á cabo el célebre sitio y rendición de Tournay. Célebre decimos, porque lo fué, por circunstancias muy notables, el sitio y la conquista de aquella fuertísima ciudad flamenca, situada sobre el Escalda. Por tan fuerte la tenía el de Orange, que cuando supo el asedio puesto por el de Parma, dijo sonriéndose: *No es*

*Tournay comida para walones*. Era el asilo de todos los protestantes y de todos los enemigos de la dominación española. Hallábase ausente su gobernador el príncipe de Espinoy, señor de aquella tierra, y se encargó de hacer y dirigir su defensa la princesa su esposa, Philipa Cristina de Lalain. El valor, la intrepidez, la serenidad y la inteligencia de aquella ilustre dama en el cerco de Tournay nos recuerda iguales prendas é igual conducta de una ilustre dama española en una situación parecida, la de doña María Pacheco en la defensa de Toledo. Sobre ser la que inflamaba con sus medidas, con su voz, con su energía y con su ejemplo á los defensores de Tournay, aquella valerosa princesa peleaba como el guerrero mas esforzado y robusto en los puntos de mayor peligro, y en



un combate que heroicamente sostuvo salió herida en un brazo. Si alguno había en el campo real que pudiera igualarla en decisión y en brío, era el duque de Parma, que dirigía las operaciones del cerco como general, trabajaba en las trincheras y fosos como un operario, y peleaba como simple soldado en las brechas, no haciendo cuenta de lo que tantas veces le había recomendado el rey su tío, que no expusiera tanto su persona. En una ocasión la bala de un cañon enemigo derribó la caseta en que se albergaba el Farnesio con algunos capitanes de su confianza, quedando todos sepultados bajo los materiales de piedra, tierra y madera. Llorábase ya los soldados por muerto, pero al remover los escombros apareció gritando: «Estoy vivo con el favor de Dios, y viviré, pese á los enemigos.» Estaba no obstante bañado en sangre, herido en el hombro y la cabeza, pero convalenció por fortuna.

En uno de los asaltos que mandó dar el general español hubo gran mortandad de capitanes y gente noble de una y otra parte, y el de Parma tuvo que retroceder por el valor con que le rechazó la princesa. Sin embargo, como el de Orange diera mas esperanzas que verdaderos socorros á los sitiados, y el de Alençon se limitara á animarlos desde Inglaterra, su situación se iba haciendo crítica é insostenible, mientras el campo de Farnesio se iba engrosando con gente alemana, y se esperaban otra vez las tropas de Borgoña y los tercios de España; que después del nombramiento de Alençon los walones habían reconocido la necesidad de que volvieran las milicias extranjeras, no obstante la condición del tratado de Arras. Por último, reducidos al mas extremado apuro, los de dentro consintieron en capitular, aunque con repugnancia de la princesa, é hicieron con ventajosas condiciones, como la de salir con armas, bagajes y banderas desplegadas, y la de poder gozar de sus bienes fuera del país los que no quisieran vivir en el catolicismo. Cuando salió la princesa, la saludó el ejército español con respeto, admirado de su varonil arrojo, y la acató mas co-

mo á vencedora que como á vencida. En cuanto al de Parma, por primera vez le honró el ejército con nuevo título, gritando: *Viva y venza el serenísimo príncipe, el valerosísimo general*. El triunfo de Tournay fué digno del vencedor de Maestrich (1).

Tal era el estado de las cosas cuando llegó de Inglaterra el duque de Alençon. Su entrada en Amberes fué espléndida y pomposa; su acompañamiento brillante y magnífico; cuantas demostraciones públicas de regocijo y de entusiasmo puede hacer un pueblo para festejar al mas amado de los soberanos, tantas hizo la ciudad de Amberes para recibir al príncipe francés. Después de prestado el recíproco juramento, continuaron aquellos días los parabienes y plácemes de las provincias. Pero todo aquel júbilo se trocó súbitamente en luto y desconsuelo. Al mes de su entrada celebraba el nuevo soberano el aniversario de su natalicio (18 de marzo, 1582). Al levantarse el príncipe de Orange de un banquete que había dado á varios nobles en solemnidad del día, un hombre se le acercó y le entregó un memorial, y mientras le leía, aquel hombre le disparó un pistoletazo, cuya bala le atravesó ambas mejillas y le arrancó algunos dientes, cayendo el príncipe sin habla y bañado en sangre. El asesino fué instantáneamente cercado, y acribillado su cuerpo con las espadas y alabardas. Túvose al pronto por muerto al de Orange, y un grito de indignación se levantó con la mayor rapidez y se extendió hasta por los mas remotos ángulos de la ciudad: era precisa-

(1) Estrada, Guerras, Déc. II, lib. IV.—Bentivoglio, lib. II.

La princesa de Espinoy era sobrina del conde de Horn, el que fué degollado por el duque de Alba, y conservaba tal odio á la dominación española, que cuando entregó la ciudad á su hermano Lalain, que militaba en el opuesto campo, le dijo con ceñido rostro: «Si hubiera yo previsto que las cosas habían de llegar á este trance, hubiera puesto fuego por sus cuatro ángulos á la ciudad, hubiera ardió Tournay, y me hubiera arrojado sobre las llamas.»



mente la poblacion que habia tenido siempre mas delirio por el de Orange, y llorábanle todos como si fuese el padre de cada uno. Difundióse el rumor de que los autores del asesinato habian sido los franceses por dejar á su príncipe mas ámplia y libre autoridad, y el pueblo se encaminó furioso con armas y hachas encendidas al palacio de Alençon, cuya vida hubiera corrido gravísimo riesgo, si por fortuna suya, vuelto en sí el de Orange y noticioso del peligro, no hubiera escrito un billete en que declaraba que ni Alençon ni los franceses habian tenido culpa alguna, con lo cual se aplacó el tumulto.

En efecto, el perpetrador del criminal atentado era un joven español, natural de Vizcaya, llamado Juan de Jáuregui, según unos papeles que en el bolsillo se le hallaron; y su instigador ó consejero parece haber sido un mercader fallido compatriota suyo, nombrado Gaspar de Anastro, que sin duda se proponía reparar sus quiebras mercantiles con los veinticinco mil escudos de oro ofrecidos en el bando real por la cabeza del de Orange. En cuanto al Jáuregui, la circunstancia de ser conocido por su adhesión al rey y por su exaltación religiosa, la de haberse preparado á perpetrar el crimen confesándose y recibiendo los sacramentos de manos del dominicano Timermann, la de haber manifestado que sabia iba á morir, y que no pedía otra cosa sino que rogaran á Dios por él, y al rey que socorriera á su padre en su vejez, todo induce á creer que el fanatismo político y religioso fué el que armó su brazo mas que el deseo de toda otra recompensa, y que se persuadió de que hacia una accion meritoria á los ojos de la religion y de la patria, librando á España de un enemigo y de un hereje. El confesor Timermann y el cajero de Anastro fueron cogidos, condenados á muerte y descuartizados, y sus miembros, junto con los de Jáuregui, colocados en las torres y puertas de Amberes, donde estuvieron hasta que los españoles se apoderaron de la ciudad (1). El de Orange curó de su herida por la exquisita diligencia y cuidado de los médicos, bien que desde entonces aprendió que habia de acabar de muerte violenta, así como el de Alençon comprendió que no estaba seguro de los malos juicios de los flamencos.

La guerra continuaba, reducida por entonces á tomarse mutuamente algunas plazas, siendo entre ellas la de mas cuenta Oudenarde, que expugnó y rindió el de Parma con su acostumbrado arrojo. Pero la guerra varió de aspecto y cobraron ánimo y confianza los católicos y realistas cuando vieron volver á Flandes los antiguos y veteranos tercios españoles y los auxiliares borgoñones é italianos (agosto, 1582), con lo cual se vió el de Parma con mayor ejército (que el que nunca habia tenido). Tomó con él muchas plazas, batió las tropas de las provincias confederadas delante de los dos príncipes, el de Alençon y el de Orange, hasta obligarlos á retirarse al abrigo de los muros y bajo el cañon de Gante, y amenazó á Bruselas, mientras el valeroso y esforzado Verdugo continuaba prósperamente sus hazañosas campañas en la Frisia. Murmuraban los flamencos del de Alençon, preguntando dónde estaban tantos socorros y tantas fuerzas de Francia como les habia prometido, pues hasta ahora no habia llevado otra cosa que apariencias y vanos títulos. Por último, á fuerza de instar á su hermano pudo conseguir que llegasen unos ocho mil hombres entre franceses y suizos (noviembre, 1582), al mando del duque de Montpensier (suegro del de Orange), y del mariscal Byron, los cuales invernaron en Dunkerque, Ostende, Brujas, Termonde y otras villas, y con los cuales se proponía atajar los progresos del de Parma, ya que de las plazas conquistadas no pudiera arrojarle. Para calificar como merece la conducta de Enrique de Francia con Felipe II es menester no olvidar que por este tiempo, mientras daba tropas á su hermano para ayudar á los rebeldes de Flandes contra España, daba tambien una armada al pretendiente de Portugal don Antonio para hacer la guerra al rey de España en las Azores.

Así las cosas, mudó enteramente la faz de los negocios en Flandes. Por una parte los socorros de Francia parecieron mezquinos á los flamencos respecto á los que el príncipe francés les habia hecho esperar: miraban aquellos con poca afición

(1) Estrada y Bentivoglio, ubi sup.—Everardo Van Reydt, Guerras de los Países Bajos.—Meteren, Hist. de los Países Bajos.

á su nuevo soberano, y quien seguía siéndolo de hecho era el de Orange, reducido el duque francés casi al mismo papel que antes habia hecho el archiduque Matías. Por otra parte, los generales y caudillos de las tropas francesas vieron con disgusto y enojo, y hasta tuvieron por bochornoso y degradante que un príncipe que acaso un día habria de sentarse en el trono de Francia estuviera ejerciendo en Flandes una sombra de soberanía, pues se la tenian tan limitada el de Orange y los estados, que solo conservaba de ella un vano título. Sugiriéronle, pues, algunos de sus mas acalorados consejeros, que tomara á la fuerza y con las armas el lleno de autoridad que espontáneamente no le habian dado, y que se levantara y proclamara verdadero señor de Flandes. No fueron menester muchas razones para decidir al débil y precipitado príncipe á abrazar tan insano y temerario consejo.

Ordenó, pues, á los caudillos de sus tropas que todos en un día determinado (17 de enero, 1583) se apoderaran de las plazas en que estaban alojados y echaran de ellas las guarniciones flamencas. Reservó para sí la empresa de Amberes, y so color de pasar á la provincia de Güeldres, aprovechando la estacion de los hielos, según el de Orange deseaba y proponia, reunió la mayor parte de sus tropas en el campo, y aldeas próximas á Amberes, y en combinacion con los franceses que preventivamente habia hecho acuartelar en la ciudad, y con pretexto de pasar muestra á todo el ejército, cuando ya estuvo todo en orden, *Ea, hijos*, les dijo, *vuestra es Amberes*. Y encaminóse á la ciudad; hizo degollar los flamencos que guardaban la puerta; derramáronse los suyos por la poblacion gritando: *Misa y duque*, que era su santo y seña, y entrando en las casas lo saquearon todo, ayudados de los que estaban ya dentro. Los vecinos de Amberes, viéndose tratados de aquella manera por los que poco antes habian sido sus huéspedes y estado entre ellos como hermanos y amigos, ardiendo y rebotando en ira, toman todos las armas, nobles, plebeyos, eclesiásticos, ancianos, mujeres y niños, y embisten á los franceses, hieren, matan, degüellan en las calles y en las casas con frenético furor; los franceses que hostigados dentro van á buscar salida caen heridos ó muertos, y se forma á la puerta un monton inmenso de cadáveres; otros son arrojados por encima de la muralla al campo. Grande fué el estrago y horrible la mortandad; cerca de dos mil franceses pagaron la abominable traicion con sus vidas, y otros tantos quedaron prisioneros, merced á la generosidad con que los trató el de Orange cuando acudió de la ciudadela en que se hallaba. Entre los prisioneros lo fué el mariscal Ferbache, uno de los que habian aconsejado al de Alençon aquella loca y alevosa empresa (2).

Confuso y espantado el príncipe francés con tan sangrienta catástrofe y con el remordimiento de su traicion, errante de pueblo en pueblo, sin viveres ni para él ni para su gente, todo era enviar cartas y mensajes á Amberes y á Bruselas y buscar la mediacion del de Orange, pintando el suceso como una consecuencia lamentable de los malos tratamientos que de los de Amberes habian recibido antes él y los suyos: con lo cual no hizo sino irritar mas á los flamencos y provocar la indignacion general de las provincias unidas, que trataron ya de declarar al de Alençon depuesto del ducado y principado de Brabante. Pero consultado sobre ello por los estados el de Orange, cuya autoridad habia crecido prodigiosamente con el suceso de Amberes, como muy avisado y experto político que era el príncipe flamenco, despues de reprobar el hecho abominable del de Alençon, y de declarar que sin género de duda habia perdido por él el derecho á la soberanía que se le habia dado, respondió en términos muy hábiles, que no obstante todo esto en su opinion que no convenia romper todavía con el francés; ya porque el escarmiento mismo le habria enseñado á tratar como correspondia á los flamencos, ya porque seria enajenarse el favor de la Francia ofendida, ya porque siendo todavía dueño de muchas plazas, seria difícil arrancárselas y costaria de todos modos mucha sangre, ya porque la deses-

(2) Estrada, Guerras de Flandes, Década II, lib. V.—Bentivoglio, Guerras, lib. II.—Van Reydt, Guerras de los Países Bajos.—Meteren, Historia, lib. II.

peracion podria obligarle á entenderse con el Farnesio y á entregarlas al rey de España, lo que equivaldria á tener que someterse al odiado yugo de los españoles.

Sabia en efecto el de Orange que Alejandro Farnesio, aprovechando el desconcierto y la discordia producida por lo de Amberes, negociaba por una parte con el francés para la entrega de las fortalezas que retenia, por otra habia movido pláticas de concordia con los diputados de las provincias de Flandes y Brabante, haciéndoles halagüeños ofrecimientos para que se apartaran de la confederacion. Mas todos los ofrecimientos, todas las gestiones y toda la destreza de Alejandro fueron infructuosas, y nunca se vió mejor hasta qué punto rayaba la aversion de aquellas provincias al rey y á la dominacion de España. En cuanto á los estados, rindiéronse á las razones del de Orange, y accedieron á reconciliarse con el de Alençon, celebrando con él un nuevo convenio (8 de marzo, 1583), haciéndole renovar el juramento de regir en lo sucesivo las provincias conforme á sus leyes fundamentales, de prestar sus tropas el de servir fielmente contra todos los enemigos de la confederacion, y de que se retirara á Dunquerque hasta que todos los demás puntos en cuestion quedaran arreglados. Así volvieron las cosas al estado que antes tenian, aunque con demostraciones mas aparentes que verdaderas; porque nunca hubo ya correspondencia sincera entre franceses y flamencos.

Dejó, pues, el de Parma las negociaciones y apeló otra vez á las armas. Enflaquecidos los enemigos con sus disidencias, la superioridad de Alejandro se conoció bien en la rapidez con que les fué arrancando una tras otra multitud de ciudades y villas, sin que valiese al mariscal Byron, general en jefe del ejército franco-belga, la justa reputacion de que por su pericia y su raro talento en el arte de la guerra gozaba. Ocurrió en esto que el de Alençon, ó por la poca salud y la poca satisfaccion de que disfrutaba en Flandes, ó por esperanza de hallar mas eficaz apoyo en su hermano, abandonó á Dunkerque y se volvió á Francia, dejando aquella ciudad con escasa guarnicion francesa. Allí se encaminó inmediatamente el Farnesio, y aunque acudió tambien Byron á socorrerla, era tal la enemiga que los del pais conservaban á los franceses, que entorpecieron la marcha del mariscal y dieron lugar á que Alejandro se apoderara de la plaza. Con la misma facilidad cayó en su poder Nieupoort. Hizo un amago sobre Ostende, pero teniala tan bien provista y fortalecida el de Orange, que no quiso gastar el largo tiempo que hubiera necesitado para sitiárla, á fin de no perder la ocasion de cobrar mas fácilmente otras, paseando victorioso el pais de Waes, y amenazando á Brujas y Gante.

Tan de caída iban las cosas para el de Orange (fines de 1583, y principio de 84), que ya entre los mismos flamencos, siempre tan apasionados suyos, se notaban sintomas de desconfianza, y no faltaba alguno que se atreviera á llamarle traidor á la patria y desertor de la causa comun; que cuando la fortuna se muestra adversa, no escasea el pueblo los cargos á los que le mandan. Las disidencias y antipatías entre flamencos y franceses habian llegado á un punto, que por mas que el de Orange se esforzaba por reconciliarlos no le fué posible conseguirlo, y viéronse los estados en la precision de decretar la salida de las tropas francesas de Flandes cuando mas podian necesitarlas, y el mariscal de Byron obligado á embarcarse con ellas para Francia. Coincidió esto con la nueva feliz que tuvo el de Parma por carta que recibió de Felipe II en que le decia, que frustrada la empresa de don Antonio de Portugal en las islas Terceras enviaria á Flandes toda la infanteria española de los tercios de Lope de Figueroa, de Francisco de Bobadilla y de Agustín Iñiguez, á cargo del veedor general Pedro de Tassis; y que del dinero recién traído de la India habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los cuales se destinaban á Flandes los trescientos mil para que él los expendiera según conviniese.

Alentado el de Parma con tan buenas nuevas y libre de los franceses, prosiguió sin obstáculo sus conquistas con una celeridad que no se habia visto en aquellos paises. Y mientras Verdugo se apoderaba por sorpresa de Zutphen, con cuya

posesion le quedaba abierta la entrada á todo el pais comprendido entre el Issel y el Rhin, él recobraba á Ipres, Alost, Ruppelmonde y otros puntos: el príncipe de Chimay, hijo del duque de Arschot, le entregaba á Brujas con la sola condicion de que le diese el mando de la provincia; y hasta el conde de Berghes, cuñado del príncipe de Orange, se apartó de su servicio; y si no puso en manos de Alejandro la provincia de Güeldres fué por haber sido descubierto su designio antes de poderle ejecutar; que así suelen los hombres arrimarse á aquel á quien la fortuna sonríe.

La única esperanza del de Orange era la vuelta del de Alençon con mayores socorros de Francia, y de ello se daba ya el parabien por las noticias que recibia de que el rey Enrique III á instancias de la reina madre se habia declarado mas ámplia y decididamente en favor de su hermano y de los intereses de las provincias unidas de Flandes. Mas en tal estado una enfermedad penosa, que no dejó de sospecharse haber sido producida por veneno, puso fin á los planes y á la vida del duque de Alençon en Chateau-Tierry (10 de junio, 1584), á la edad de treinta y tres años. Príncipe tan ambicioso como débil, instrumento siempre y juguete de los interesados consejos de otros, imprudente y arrebatado, podria dudarse, dice con razon un escritor, «si acrecentó mas los desórdenes de Francia ó los de Flandes.» Excusado es encarecer su falta de virtudes, cuando su misma hermana Margarita decia de él, «que si el dolo y la infidelidad hubieran desaparecido de la tierra, se habrian hallado en todo su vigor en el corazon de su hermano (1).»

La muerte del que se habia dado el título de *Libertador de los flamencos*, ocurrida en tan críticas circunstancias, hubiera sido por sí sola una calamidad para las provincias rebeldes; pero otra pérdida mayor y mas lamentable para ellas les esperaba muy pronto, al cumplirse el mes de la de Alençon, á saber, la del príncipe de Orange, el alma, el nervio y el sosten de la rebelion de los Estados. Con razon temia él desde el bando de proscripcion de Felipe II poniendo precio á su cabeza, y mas desde el atentado de Juan de Jáuregui, que su muerte no habia de ser natural. Habia pasado el príncipe á Delft. Entre los varios que atentaban á su vida, se contaba un joven borgoñon llamado Baltasar Gerard, que entre otros medios empleados para lograr su propósito tomó el de ponerse al servicio del duque de Alençon cuando volvió á Francia, para tener ocasion de introducirse despues con el de Orange. En efecto, Mr. de Caron le dió cartas para el príncipe anunciándole la muerte del de Anjou. Con ellas se le presentó en Delft hallándose el príncipe á la mesa. Al levantarse y pasar á su aposento le disparó una pistola al corazon, y atravesósele de manera que cayó en el acto y espiró á los pocos instantes sin haber podido pronunciar sino muy cortadas y confusas palabras (10 de julio, 1584). El asesino huyó por una puerta falsa del palacio, pero alcanzado cuando estaba ya para arrojarse de la muralla al foso que pensaba salvar á nado, púsosele á cuestion de tormento para que declarara quién le habia inducido á perpetrar el crimen. Confesó que hacia mas de seis años abrigaba aquel designio, que le habia alentado en él el edicto de proscripcion dado por el rey, que habia estado al servicio del secretario del conde de Mansfeld, que habia comunicado por escrito su proyecto al duque de Parma, con otras circunstancias, no sabemos si verdaderas ó arrancadas por el tormento. El criminal, cuya mano habia sido movida mas por fanatismo religioso que por la codicia del premio, fué condenado á muerte, quemada antes su mano derecha, atenaceado y descuartizado despues. Conviene todos en que sufrió el horrible suplicio con una tranquilidad portentosa que asombró á los espectadores, diciendo en alta voz que lejos de arrepentirse del hecho creia haber merecido con él el favor del cielo, y que si á mil leguas se encontrara del príncipe, haria otra vez cualquier esfuerzo por acercarse á él y quitarle la vida (2).

(1) Bentivoglio, Guerras de Flandes, parte II, lib. II.—Van Reydt, Belli civilis in Belgio gesti historia.—Meteren, Hist. de los Países Bajos.—Estrada, Déc. II, lib. IV.

(2) Los archivos de Bélgica han adquirido la confesion manuscrita de